

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT. *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Juan Guillermo Gómez, trad. Medellín: Ediciones UNAULA/GELCIL, 2012.

A pesar de ser uno de los pensadores hispanoamericanos más importantes del siglo XX, el estudio crítico del vasto legado intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot sigue siendo una asignatura pendiente. Las rarezas en las que se han convertido aquellos libros que en su día fueron preparados por el propio autor para ser publicados, la dispersión y gran variedad de artículos y ensayos, así como la ingente cantidad de materiales inéditos, son sólo algunos de los factores que han dificultado esta labor. Sin embargo, desde hace un par de años, asistimos a lo que podría calificarse como los primeros pasos de un largo camino de recuperación y revaloración crítica de su obra.

Sin duda, esta afortunada recuperación ha sido posible no sólo por la asimilación que se ha producido en el ámbito académico de la deuda intelectual con el propio Gutiérrez, sino, sobre todo, por la generosidad de su familia que, atendiendo a la última voluntad del pensador colombiano, favoreció la adquisición de una considerable cantidad de material de archivo por parte de la Universidad Nacional de Colombia. Justamente, esta coyuntura es la que ha hecho posible la publicación de *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Originalmente escrito en alemán bajo el título *Der hispanische Essay im XIX Jahrhundert*, el texto reúne el contenido completo de ocho *Vorlesungen*—elecciones magistrales— que Gutiérrez impartiera en el seminario de Hispanística en la Universidad de Bonn. Se trata, por tanto, de aquellos apuntes que le servían de base para impartir las lecciones y que, si bien fueron concebidos como una unidad temática por Gutiérrez Girardot, nunca fueron preparados para ser publicados en la forma de libro. Esto explica las constantes recapitulaciones y expresiones propias del ámbito oral y discursivo que han sido reproducidas casi en su totalidad a fin de preservar el tono didáctico con el que fueron redactadas.

La revisión del manuscrito original permite afirmar —a partir de algunas alusiones históricas y de ciertas notas no referenciadas en esta edición— que este conjunto de lecciones tuvo lugar durante el curso 1987-1988. Ahora bien, que el tema escogido por el pensador colombiano para este curso académico haya sido precisamente el del ensayo en lengua española —o mejor, hispánico en sentido filológico— en el siglo XIX no es azaroso. Por el contrario, es muestra de una doble coherencia entre su labor investigadora y su quehacer docente que, a su vez, permite penetrar en el modo en que configuraba su propio pensamiento. Por un lado, completa la serie de lecciones impartidas en semestres anteriores, que tenía como objetivo centrarse en el desarrollo de los tres géneros literarios más importantes de la literatura hispánica en el siglo XIX: la novela, la poesía y el ensayo. Por otro, se corresponde con tres de los pilares más importantes en los que Gutiérrez Girardot centró su investigación: los presupuestos que dieron lugar a la formación del intelectual hispanoamericano, el desarrollo del ensayo y su relación

con este proceso de formación y el *desideratum* de establecer una Historia social de la literatura hispanoamericana.

Aunque esta doble coherencia no es puesta de relieve explícitamente en el libro, por no tratarse de una edición crítica, la gran virtud de la publicación de este material, hasta ahora inédito, es ofrecer al lector algunas de las herramientas necesarias para comprender en profundidad el entramado intelectual girardotiano. En este sentido, *El ensayo en lengua española en el siglo XIX* ha de ser visto como una pieza clave en tanto que permite diferentes niveles de lectura. En primer lugar, la fidelidad al texto base ubica al lector en un punto privilegiado a la hora de conocer de primera mano el modo en que Gutiérrez Girardot llevaba a cabo su labor docente. En segundo lugar, la lectura textual amplía el horizonte de interpretación del nacimiento del ensayo hispánico como género literario ya no en su plenitud, propia del siglo XX, sino desde una perspectiva que, al atenerse a los momentos previos a su consolidación, se centra en el siglo XIX. Por último, el contenido de estas lecciones permite realizar una lectura intertextual que enriquece el panorama de comprensión a la luz de otros ensayos del propio Gutiérrez entre los que, sin duda, cabe destacar *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*—escrito como resultado de una investigación realizada en la Universidad de Maryland en los años inmediatamente posteriores a estas lecciones—, dado que “la historia del ensayo en lengua española en el siglo XIX está estrechamente vinculada a la formación de un tipo social, el intelectual” (93).

Y es que, efectivamente, de esto se trata, de indagar en qué medida se puede hablar propiamente de un ensayo español e hispanoamericano en el siglo XIX a través de la consideración de aquellos intelectuales que, en el cruce de dos tradiciones, configuran lo que Gutiérrez llama la *prehistoria* del desarrollo del género propia de este siglo. De ahí que sea necesario “prescindir del ensayo moderno ya formado de un Ortega y Gasset, del ensayo definido como ciencia sin las pruebas, o del ensayo de Pedro Laín Entralgo, quien lo definió como observación al vuelo”, pues “este tipo de ensayo, sería incorrecto para las circunstancias del ensayo hispánico del siglo XIX” (25).

Si esto es así, resulta imprescindible establecer una noción más general de ensayo que dé cabida a aquellos elementos que son puestos en juego durante el siglo XIX y que han de ser vistos como constitutivos de la protoforma del género ensayístico. Así, el ensayo en su desarrollo es definido por Gutiérrez Girardot como aquella forma que, vinculada a la crítica, “deja que las cosas hablen por sí mismas de tal manera que éstas son valoradas a través del lenguaje como ejemplares, poniendo la correspondencia de lo dicho, la lógica de la descripción factual, en consonancia con la voluntad de expresión poética” (33). Esta concepción se convierte, entonces, en condición de posibilidad de una investigación más amplia, que toma como punto de partida al ensayo entendido como expresión de la libertad intelectual.

Bajo esta perspectiva, Gutiérrez inicia la lección primera con un apartado introductorio que pretende situar los primeros antecedentes del surgimiento del ensayo español en el

siglo XVIII a partir de las figuras de Fray Benito Feijoo y José Cadalso. De acuerdo con el pensador colombiano, “si se acepta que el ensayo y la elocuencia son expresiones de la libertad intelectual, que determinan la vida intelectual de una sociedad, entonces se puede llegar a explicar por qué el ensayo español pudo nacer solo en el siglo XVIII” (17). En este sentido, Feijoo y Cadalso son presentados como *modestos* contribuyentes a esta prehistoria, cuyas aportaciones, aunque insuficientes e incluso contradictorias, permiten vincular el nacimiento de la forma ensayística en España a la pretensión de modernización, en oposición al pensamiento dogmático imperante en la primera mitad del siglo XVIII. Con ello, Gutiérrez concibe al ensayo español como un género que, desde un estado incipiente, ha de ser visto como un intento de modernización, como producto de una apertura consciente y forzosa a Europa, más allá de contenidos específicos.

Adicionalmente, la inclusión de Cadalso y sus *Cartas marruecas* en este entramado histórico, le conduce al análisis de la forma epistolar en tanto expresión de la concreción y subjetividad irrenunciable del ensayo, entendida como “manifestación libre de la forma de argumentación sistemática del tratado” (26). Justamente, es aquí donde Gutiérrez encuentra una conexión directa con el siglo XIX por considerar que las obras más significativas de la literatura ensayística española en la primera mitad de este siglo llevan el título de *Cartas*. Pese a las diferencias señaladas con Cadalso, los dos representantes de este momento histórico son José María Blanco White con sus *Cartas desde España* y, posteriormente, Jaime Balmes con sus *Cartas a un escéptico en materia de religión*.

De ahí que la lección segunda inicie con una reflexión en torno a la figura de Blanco White, caracterizado como el precursor del costumbrismo por centrar su crítica en la estructura de la sociedad a partir de ejemplos relativos a las costumbres, la legislación y el lenguaje. La importancia de Blanco White radica, entonces, en que no sólo lleva a cabo una crítica de la sociedad española desde una perspectiva *costumbrista* que excluye la nostalgia propia del emigrante, sino que además da un paso fundamental en la modernización de la lengua española a través de su reflexión acerca del lenguaje. Estos elementos, fundamentales en la constitución del ensayo, alcanzan su mayor expresión en quien es considerado por Gutiérrez Girardot como “la figura literaria más relevante de la primera mitad del siglo XIX” (33), Mariano José de Larra. En efecto, Larra es presentado como un autor decisivo para el objeto de estudio por dos razones. Por un lado, por la ratificación de que las reflexiones y explicaciones derivadas de sus cuadros de costumbres proceden de una conducta crítica frente a la sociedad, con una clara naturaleza ensayística. Por el otro, porque permite el salto al desarrollo del género en Hispanoamérica, gracias a la fuerte influencia que ejerció en “uno de los más importantes escritores latinoamericanos del siglo XIX: Domingo Faustino Sarmiento” (45).

Justamente, a la figura de Sarmiento está dedicada la lección tercera, y gran parte de la cuarta. Ambas lecciones, parten de la constatación de que “el libro *Facundo* de Sarmiento es el primer ensayo de la literatura hispánica del siglo XIX” (60). De acuerdo

con Gutiérrez, el influjo de Larra en la obra de Sarmiento consiste en que el peruano transformó el costumbrismo en una interpretación crítica de la historia latinoamericana, basado en la dialéctica entre civilización y barbarie. El resultado es una manifestación del estilo ensayístico, ligado a una subjetividad que se manifiesta en la puesta en marcha de una crítica de corte polémico y cívico, que combina la descripción fáctica y la narración literaria. Al final de esta lección y al comienzo de la siguiente, Gutiérrez retoma las aportaciones de Jaime Balmes. Esta vuelta a Balmes le permite no sólo ahondar en la relación existente entre la forma epistolar y el ensayo en tanto “primer intento de renunciar a la forma cerrada del tratado para producir efecto popular” (61), sino también conectar con el objeto de la siguiente lección: Gustavo Adolfo Bécquer. *Cartas desde mi celda* y *Cartas literarias a una mujer* de Bécquer, son, para el autor, dos ejemplos del modo en que el género epistolar deviene ensayo, en los que, además, se “bosqueja un problema que adquirió sus perfiles más definidos a finales del siglo XIX. El problema del papel del artista en la sociedad” (88). Esta afirmación le sirve de punto de apoyo para dar un paso más y subrayar la relación del ensayismo con la necesidad de caracterización del intelectual en cuanto tipo social.

Por ello, las dos últimas lecciones se centran de manera más específica en esta relación, atendiendo al modo en que el ensayo adquiere cada vez más una función pública y hace manifiesta su dimensión cívica. El primer exponente tratado por Gutiérrez Girardot es el diplomático Juan Donoso Cortés, quien, con su *Ensayo sobre el catolicismo*, cumple una tarea pública y política mediante el uso de figuras retóricas. Donoso, entonces, se presenta como un claro ejemplo del “problema de la relación entre intelectuales y política que acuñó fuertemente la figura del intelectual en el último cuarto de siglo XIX y en el siglo XX” (107). La radicalización de esta postura en la que el civismo deviene política, encuentra en José Martí y en Juan Montalvo sus mayores exponentes. Ambos son mostrados como decididos contribuyentes a la renovación de la prosa y a la plenitud del ensayo en lengua española, al tiempo que hicieron de la voluntad cívica del género un poder político. Este advenimiento del ensayo como crítica política cobra, en el curso argumentativo de la lección, su pleno sentido en la labor intelectual de Manuel González Prada al combinar la crítica social con la sátira política, haciendo del ensayo una obra de arte en la que confluyen conocimiento comprensivo y ataque certero. Finalmente, el correlato literario de esta sátira política es Leopoldo Alas “Clarín” en tanto fundador del ensayo de crítica literaria. Por ello, y así concluye Gutiérrez, con estos autores “el proceso de la formación del género ensayo alcanza un punto culminante” (123).

Sin duda, el recorrido llevado a cabo por Rafael Gutiérrez Girardot en las ocho lecciones incluidas en *El ensayo en lengua española en el siglo XIX* pone en evidencia elementos claves que determinan la importancia del siglo XIX en la constitución del ensayo como uno de los géneros más sustanciales de la literatura hispanoamericana; el más renovador y esencial en las letras en lengua española. Su agudo análisis pone sobre

la mesa relaciones inesperadas, paralelismos, influencias, analogías y distinciones que permiten ampliar el horizonte de interpretación de la compleja realidad de esa unidad de sentido crítico a la que llamamos ensayo. Asimismo, la obra permite trascender el tema tratado para reafirmar que, incluso en el ámbito docente, Gutiérrez Girardot se mantuvo fiel al espíritu crítico, riguroso y polémico que tanto lo caracterizó. Su estilo a la hora de aproximarse a las diferentes problemáticas y a los diversos autores es una muestra de hasta qué punto le interesaba promover, en cualquier tipo de investigación, un saber situarse frente al objeto de estudio para así poder dar paso a una toma de conciencia y a una revaloración crítica de la tradición.

Por todo ello, la publicación de estas lecciones constituye una notable aportación y una muestra contundente de la importancia de la labor llevada a cabo por el Grupo de Estudios de Literatura Intelectual Latinoamericana GELCIL de la Universidad de Antioquia, como uno de los principales promotores de la difusión y estudio de la obra del pensador colombiano. La riqueza de la producción intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot—y estas lecciones no son la excepción—ha de ser vista como una invitación que hoy más que nunca debemos extender a su propio legado, esto es, a situarnos ante uno de los mayores desafíos a los que nos seguimos enfrentando en tanto hispanoamericanos: el conocimiento y (re)valoración de nuestra historia intelectual.

*Universidad de Salamanca*

CLAUDIA SUPELANO-GROSS

